

# EL CALVARIO DE UN CALVO

RICARDO SALABERRIA

— Al pobre Villar le sujetaron de los pantalones cuando se aupaba al barandado del Puente del Kursaal. Le impelió una intención suicida: la de tirarse a las espumosas olas del Río Urumea para morir ahogado. Un pescador de corcones y varios viandantes evitaron su caída y lo bajaron a la acera. Villar, pálido y pasmado, empezó a tritar, llorando como un niño...

— "Pero, hombre, ¿qué iba a hacer usted? ¿Está loco, o qué...?", le gritaron. Un ciudadano le echó una gabardina a los hombros. Villar no podía articular una palabra. Estaba abrumado.

— "¡Que llamen a una ambulancia...!, pidió alguien.

Al poco se escucharon los alaridos de una sirena y se arremolinó más gente. Dos jóvenes sanitarios, rápidos en sus movimientos, introdujeron en la ambulancia a un Villar empequeñecido, asustado por la expectación provocada por él. Un paseante informó a los camilleros que aquel individuo era un suicida, que, seguramente, estaría perturbado y que no estaba herido.

Villar, sentado en la ambulancia y a salvo de los curiosos, pidió con voz tímida: —"Llévenme a casa, por favor...".

— "¿Dónde vive?", inquirieron los camilleros, recelosos.

— "En Rentería. Déjenme en casa, por favor. No se preocupen. No intentaré hacer nada malo... No valgo para nada. No sirvo ni para suicidarme...".

— "Bueno... si es así... Tómese algún calmante y métase en la cama, que está destemplado y nervioso", le recomendaron los jóvenes sanitarios, que le miraban con cierta suspicacia.

— "Sí, sí... no se molesten más. Les agradezco lo que han hecho por mí. ¿Se debe algo?...", dijo Villar con voz casi inaudible.

A los pocos días la aventura de Villar era conocida por todo Rentería, donde era muy conocido. Entre los renterianos causó impresión el suceso. Un chinguista comentó que si Villar hubiera elegido el Río Oyarzun, famoso por su fango negro, hubiera encontrado la muerte de forma infalible. Otros, muy pocos, se interesaron por el problema personal que le llevó a tomar una determinación tan drástica.

Villar, compungido y huidizo, se volvió reservado y no soltó prenda. Únicamente valoró en su fuero interno el consejo de un amigo de la cuadrilla, que le recomendó que visitara a un psicólogo para que le ordenara la mollera. Tras mucho pensar y dudar, al fin, se decidió a hacer la aconsejada consulta. Por azar, yo he oído las cintas grabadas en las entrevistas. Algunas cintas, que no todas... Y las resumo en estas líneas, a sabiendas de que Villar no me va recriminar el que airee su problema íntimo. A la postre es un problema de muchos seres humanos: la CALVICIE. Si sirve para algo...

Ps. (Psicólogo): —Relájese y hable cuanto quiera, tranquilamente...

Vi. (Villar): —Mire Ud., todo empezó en casa de mis abuelos... Yo tendría un año, poco más o menos, y para tenerme quieto me sentaron en un orinal, como tantas veces, encima de la tapa de la carbonera. (Entonces se usaban aquellas "cocinas económicas"). Allí, junto al fogón encendido y la chapa al rojo, ni me movía ni me enfriaba. Pero, aquel día debía estar inquieto por la dentición, pienso yo, y me tambalé en el orinal. La cabeza pudo más que el asiento, el trono, y con ella dí en un puchero con agua muy caliente, que estaba en la cocina. Me escaldé... A mis gritos acudió raudo mi abuelo, salvándome del sufrimiento de unas quemaduras horribles, pero, a pesar de ello, la escaldadura me dejó la cabeza sin un pelo. ¡Pobre niño! ¡Me doy pena...!

Pero, ¡milagros de la naturaleza!, así como tras quemar las rastrojeras y dejar el campo sin briznas, aparecen a las semanas hierbas y plantas distintas, así mi cabeza se pobló de unos preciosos pelos rubios y rizados (quizás por el hervido), que fueron el orgullo de mi madre, que ya me veía mondo y lirondo para los restos.

Ps. —Siga, Villar, siga, pausadamente. No tenemos prisa.

Vi. —Claro que voy a seguir. Si no he empezado...

Luego, ya no recuerdo nada especial hasta los trece o catorce años. Excepto una pequeña temporada, hacia los seis o siete años, en la que me empeñé en alisarme los rizos. Me parecía más de hombre mayor... Para ello me untaba con jabón "Lagarto" las manos humedecidas con agua y me barnizaba los pelos secos con el engrudo. Se puede imaginar que los pelos quedaban hechos una pasta. Algo asqueroso...

Pues..., como decía... Cuando tenía trece años vislumbré, por primera vez, lo que les toca sufrir a los calvos. Y fue porque a una tía mía le dió por repetirme, como una cantinela obsesiva, que yo iba a ser calvito como mis primos, mientras me zahería con la frasecita: ¡Ay! Villar, dentro de nada te vas a quedar como una bola de "idem". (¿Qué quería decir "idem"?). Miré en un diccionario y leí su significado: "lo mismo", del latín. O sea, la muy asquerosa, trenzaba el chascarrillo: "Villar, te vas a quedar como una bola de billar". Más de una vez estuve a punto de espetarle: "Eso se lo dirás a tu padre...". Pero, en aquellos años, semejante falta de respeto me hubiera garantizado una somanta familiar, que no me apetecía.

Ps. —Hablando de su familia... ¿Era calvo su abuelo?

Vi. —Sí, como un huevo. Por cierto, mi abuelo tenía una costumbre curiosa en las comidas, cuando le servían un café y la copa de coñac francés, tras paladear un sorbo del aguardiente, echaba otro en el cuenco de su mano y, con parsimonia, se frotaba la brillante calva, que enrojecía con la frega del alcohol. Decía que era muy sano para la circulación... Mimaba su calva, ya que no el pelo.

Ps. —Y, su padre, ¿también es calvo?

Vi. —Como otro huevo... Pero, ¿qué quiere que le diga? Es un valiente, sí, y ha hecho de su calva un mito, un delirio. Ese hombre es capaz de soportar heladas siberianas a calva limpia, sin txapelas ni sombreros o gorros alpinos... que le sobran. Y ahora aún más, lo hace a gala, sobre todo desde que ha comprobado la admiración y el estupor que provoca cuando le ven pasearse con la piel del cráneo perlada de rocío, sin inmutarse ni acatarrarse. Es un tiazó.

Ps. —Pues, sí...

Vi. —Mire, mis hermanos son sansones..., tienen cabellos raquíticos y lucen pistas de aterrizaje en sus cabezas. También, también ellos.

Ps. —En fin, manténgase sereno... No pasa nada. Ocurre en las mejores familias.

Vi. —Luego, vino la "mili" y fue mi perdición.

Ps. —Claro, le cortarían el pelo "a cero"...

Vi. —No. ¡Qué va...! Jamás estuve en el calabozo. Pero, me tocó hacer un montón de guardias en las garitas del cuartel y para ello éramos pertrechados con unos pesados cascos de hierro, residuos de la guerra mundial, que nos los encasquetábamos durante horas y horas, en días y días. Para almohadillar un poco aquellas perolas metíamos hojas de periódicos entre el pelo y el hierro. Así, cuando el sol recalentaba el casco, sudando a gota gorda, fui perdiendo pelos y pelos durante los meses que duró la "mili". Entonces, por consejo de mi madre, que no olvidaba mis rizos de la infancia, decidí tomar alguna loción vitaminada para conservar y fortalecer mi cabello depauperado. Nos decíamos: "Hay que aguantar el pelo hasta el día de la boda, por lo menos, para la foto...". (Luego resultó que, por incomparecencia del fotógrafo, no hubo tal foto... Y como siempre he tenido prevención a hacer posturitas en un estudio, me he quedado sin recuerdo de aquel día. Para lo que sirvió...). Y llegué con pelo al altar.

Ps. —¡No está mal! Fue un logro...

Vi. —Sí, pero, entonces empezaron lo que pudiéramos llamar: los problemas estéticos. No es que yo fuera un Adán, ni mucho menos, pero... ¿Cómo iban a ver mis ojos la caspa que caía del cogote al cuello de mis chaquetas oscuras? Ella, sí. Ella me decía que tenía que arreglarme, que iba hecho un guarro. Para calmarla comencé a probar todo un arsenal de potingues y bebedizos: aguasaladavitaminasdelgrupoBinfusionesderomerohierbabuenaortigasycamomilaácidopantoténicopetróleojabonesneutrosydermoprotectoresnovenasatodoslossantosquemurierondecapitadosregeneradorescapilarescorticoidestópicosysistémicoscremassuavizantesinyeccionesbañosysaunasextractosdeplacentayproteínas... ¡La de Dios!

Todo ello acompañado de friegas, restregones, fricciones y masajes de tal intensidad, que me dejaban el cuero cabelludo como las paredes de un horno encendido. A pesar de ello, cuando me peinaba caían pelos, sin remisión, durante casi todo el año... y en otoño, en cascada. Un día, tras comprobar en el peine otro haz de pelos, me planté ante el espejo y me dije: "Esto es inexorable. Voy a quedar calvo, como tantos". Y quedé como alelado.

Ps. —¿Qué le dice su mujer?

Vi. —... ¡Uf! Nada... se marchó de casa. Ya le digo que me quedé como un lelo, sin ganas para nada. Ella se cansó de mí. Varias veces intentó animarme, sin éxito. Me acariciaba la dibujada calva y con sorna me decía: "¿Quién es el calvito más bonito de mi casa...? Y, ¿quién me va a pasar la aspiradora por la sala?".

Siempre igual... Claro, ella, que tenía un pelo que parecía cerdas de jabalí, podía pitorrearse de mí. Además... al final discutíamos y nos chinchábamos por la causa más nimia. Por ejemplo... me acuerdo que un sábado por la mañana yo había comprado el periódico y me estaba preparando para leerlo mientras desayunaba. Era uno de mis pocos desahogos. Entonces sonó por la casa la voz mandona de mi mujer: "¡Villar! ¡Ayúdame a hacer la cama!". Yo pensé para mis adentros: "Vaya... ya me ha estropeado la mañana". Pero, sumisamente, contesté: "Ya voy".

Ella, que era como radar para mis pensamientos, adiviné mi deje de fastidio, molesta, repiqueteó como una ametalladora: "A mí también me gustaría quedarme como un pope a leer el periódico... Pero, antes hay que mudar las sábanas, que hoy tocan; hay que pasar la aspiradora; hay que frotar la madera del suelo, para que brille como debe; hay que hacer la comida; hay que comprar el pan..."

No quedaba más remedio. Así, acompasando los movimientos, empezamos a embutir la sábana bajera, a doblar el embozo de la encimera y a ahormar las mantas bajo el colchón. Ella, como si yo fuera una aprendiz de chacha, me dirigía en las labores: "Méte bien las mantas, no dejes morcillos debajo; estira bien y alisa esas arrugas...". Entonces, al barrer con la escoba bajo la cama, apareció gran cantidad de pelusa. Cuando apilé en una esquina la porquería, para absorberla más fácilmente con la aspiradora, ella me preguntó: "¿Sabes qué es el tamo?"

"¿Tambor?", pregunté.

"¡No! Tamo... ¿No has oído nunca: ¡Que te sacudo el tamo!?"

"Pues... no. No tengo ni idea".

"Encima de estar alelado, eres un inculto".

Pero, en una de las múltiples idas y venidas por la casa, mientras hacía las labores encomendadas, tomé el diccionario y busqué: tamo. La tercera acepción de la palabra definía así: "Pelusilla que se cría debajo de las camas y otros muebles por falta de aseo".

Entonces, ufano, le grité: "Ya sé qué quiere decir esa palabra".

"¡Ya era hora, majo!".

Y le recité la definición hasta: muebles...

"¿Ves como era una palabra castellana?", me dijo, soberbia.

"Sí, sí... pero, es que después de "otros muebles" sigue con: POR FALTA DE ASEO, grité triunfante.

Se puso de morros y no me dejó echar la siesta.

Un día se marchó, para no volver más. Ahora estoy solo y así sigo: macilento, con pronunciadas entradas en las sienas y claraboyas en la coronilla. ¿Qué hago?

Ps. —No se preocupe, Villar. Su problema lo comparten muchos hombres y, actualmente, también las mujeres. Por ejemplo según las estadísticas, en Norteamérica hay más de 30 millones de calvos y, sin embargo, quieren dominar el mundo.

Vi. —¡Castigo merecido! ¡Qué manía tuvieron sus bisabuelos de cortar las cabelleras a quien pasara por sus territorios! Pero, nosotros, yo... que en la vida he hecho una buena trastada.

\* \* \* \* \*

En este punto de la entrevista acababa la cinta magneto-fónica... Tras algunas indagaciones pude saber que el pobre Villar, al quedarse solo, sin compañera, decoró la habitación común a su gusto. Clavó en las paredes con chinchetas grandes fotografías y litografías de famosos "peludos": Bach, Velázquez, Jesucristo, Reagan, Los Beatles... Pero como esta medida, más que animar, le entristecía y le originaba brotes de envidia, cambió los personajes de la galería y empapeló las paredes con imágenes de: Yul Brinner, Casals, Picasso, su abuelo Villar, Ramón y Cajal... Villar les miraba, sarcástico, como si fueran cofrades o secretarios. El brillo de aquellas cabezas resplandecientes le transportaba a unas esferas celestiales, donde los grandes calvos estaban en tertulia con los dioses y las musas. Con estas imaginarias tertulias Villar pasó una larga temporada sereno y seguro de sí mismo.

Hasta el día en que un cicatero, malévolamente, le comentó que aquellas personalidades no eran tales por sus esplendentes calvas, sino por sus geniales acciones. Villar se derrumbó: era un desgraciado.

Entonces, harto de sí mismo, tomó la decisión de tirarse al Río Urumea... Villar, hasta hace poco, discurría por las calles cabizbajo y arrastrando los pies. En cuanto coincidía en un semáforo o esquina con algún calvarota le tocaba con el codo, suavemente, mientras le señalaba con la mirada la calva. Los interpelados reaccionaban según su forma de ser y le contestaban cosas como: "Sí. ¿Qué?... ¿Quieres que lleve dos calvas? Me basta con una, ¡incordión!".

"¡Oye! ¡Te ríes de tu sombra! ¡Calvarota, tú!".

Otros le insinuaban un secreto: "Dicen que nosotros somos sexualmente más potentes...".

El de más allá le informó que había una asociación para los que sufrían de calvicie y que se afiliara por una módica cuota mensual.

Un energúmeno, gracioso, le mandó a una reserva de indios pieles rojas para que organizara un partido político de oposición. Otro le dejó la tarjeta de una clínica para que le hicieran un injerto.

En fin, que Villar no ha dejado de estar lelo y apocado, a pesar de los consejos. Sé que lo que más agradece es: que le acaricien, suavemente, la calva, le propinen dos besos y que las mujeres le digan que está "como un tren". Le hace mucho bien, compréndanlo.